

en Tabasco, parece habian llegado ya á la capital. Entre los que opinaban por hacerles una recepcion amigable y honrosa, estaba el rey tezcucano Cacama.

Pero Montezuma aconsejándose de sus mal fundados temores, prefirió seguir una conducta á medias, que por lo comun, es la mas impolítica. Resolvió mandar á los extrangeros una embajada, con presentes tan magníficos que pudieran infundirles una alta idea de su grandeza y recursos, y al mismo tiempo prohibirles se acercasen á la capital. Esto era revelar de un golpe sus riquezas y su debilidad (14).

Mientras que la corte azteca se hallaba así agitada por la llegada de los españoles, éstos se encontraban en la tierra caliente, no poco mortificados con el excesivo calor y sofocante atmósfera del arenoso desierto en que estaban acampados. Experimentaban todo el alivio que podian proporcionarles las atenciones de los hospitalarios nativos, „quienes por mandato del gobernador habian construido mas de mil chozas ó barracas hechas de ramas de árbol y esteras, que ocupaban ellos en las cercanías del campo. Allí preparaban varios platos para la mesa de Cortés y de sus oficiales, sin ninguna recompensa, mientras que los soldados rasos fácilmente obtenian provisiones en cambio de las bagatelas que trajeron consigo para negociar. De esta manera el campo estaba abundantemente provisto de carne y pescado sazonado de diversas maneras, de tortillas de maiz, plátanos, piñas y varias deliciosas frutas de los trópicos, desconocidas hasta entonces para los españoles. Los soldados procuraron ademas obtener de los nativos algunas pequeñas piezas de oro de poco valor, tráfico muy desagradable á los partidarios de Velazquez que lo consideraban como una usurpacion de los derechos de éste. Cortés, sin embargo, no creyó prudente contrariar las inclinaciones de sus soldados (15).

Transcurridos siete ú ocho dias á lo mas, se presentó en el campo la embajada mejicana. Puede parecer increíble que verificaran su viaje en tan corto tiempo, considerando que la capital distaba cerca de sesenta leguas; pero debe recordarse que las noticias, segun hemos dicho, se comunicaban por medio de expresos, en el breve espacio de veinticuatro horas (16), por lo que cuatro ó cinco dias serian suficientes para que bajaran los enviados á la costa, acostumbrados como estaban los mejicanos á viajes tan largos y tan rápidos. Lo cierto es que, ningun escritor asegura que el tiempo empleado por los emisarios indios en esta ocasion, fuese mas del referido.

La embajada compuesta de dos nobles aztecas, iba acompañada del gobernador Teuhtlile y de cien esclavos que llevaban los regios presentes de Montezuma. Uno de los enviados habia sido electo por lo muy parecido que era, segun

(14) Tezozomoc, Crónica mejicana, MS., lug. cit.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 80.

(15) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 39.—Gomara, Crónica, cap. 27, en Barcia, tom. II.

(16) Libro 1 de esta obra, cap. 2, p. 26.

la pintura que representaba el campo, al comandante español; y es una prueba de la fidelidad del dibujo, el que los soldados reconocieron ésta semejanza, y siempre distinguieron al gefe indio con el nombre de „Cortés mejicano.”

Al entrar al pabellon del general, los embajadores le saludaron, así como á sus oficiales, con las señales de respeto acostumbradas con personas de gran consideracion, tocando la tierra con las manos y llevándolas á la cabeza, al mismo tiempo que el aire estaba oscurecido con nubes de incienso desprendidas de los pequeños sahumadores que llevaban los sirvientes. Algunas esteras del pais, delicadamente trabajadas, fueron despues desenrolladas, y sobre ellas extendieron los esclavos los varios presentes que habian traído. Eran de la clase mas heterogénea: escudos, yelmos, corazas con planchas y adornos de oro puro embutidos, collares y brazaletes del mismo metal, sandalias, abanicos, penachos y cimeras de variadas plumas, enlazadas con hilo de oro y plata, y sembradas de perlas y piedras preciosas, figuras de pájaros y animales, labradas ó fundidas en oro y plata de exquisito trabajo, cortinajes, colchas y mantas de algodón tan fino como la seda, de ricos y variados colores, entretejidas de plumajes que rivalizaban con la delicadeza de la pintura (17). Traian tambien mas de treinta cargas de telas de algodón. Entre estos presentes estaba el casco español enviado á la capital y vuelto lleno hasta la boca de granos de oro; pero mas admiracion causaron dos planchas circulares de oro y plata, „tan grandes como la rueda de un coche.” En la una que representaba al sol, se veian ricamente esculpidas plantas y figuras de animales, denotando sin duda el siglo azteca. Tenia treinta palmos de circunferencia, y fué avaluada en 20.000 pesos de oro. La rueda de plata del mismo tamaño, pesaba cincuenta marcos (18).

(17) De los cuadrados de varios colores que tenian estas mantas de algodón, infiere P. Martir de Anglería que los indios conocian el juego del ajedrez. Da noticia de una manufactura hecha de pelo de animales, hilo de algodón y plumas entretejidas. „Plumas illas et concinnant inter cuniculorum villos interque gosampij stamina ordiuntur, et intexunt operose adeo, ut quo pacto id faciant non bene intellexerimus.” De Orbe Novo, (Parisiis, 1587,) déc. 5, cap. 10.

(18) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 39.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., lib. 33, cap. 1.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120.—Gomara, Crónica, cap. 27, en Barcia, tom. II.—Carta de Veracruz, MS.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 5.

Robertson cita á Bernal Diaz como computando el valor de la lámina de plata en 20.000 pesos de oro, ó cerca de 5.000 libras esterlinas. (History of America, vol. II, note 75.) Pero este escritor habla solamente del valor de la lámina de oro, la cual estima en 20.000 pesos de oro, muy diferente de los pesos ú onzas de plata, con los que los confunde el historiador. Como con mucha frecuencia ha de hacerse mencion en estas páginas del peso de oro, será oportuno instruir al lector sobre su valor probable.

Nada es mas difícil que señalar con fijeza el precio de las monedas de una época remota por tantas circunstancias como ocurren para embarazar los cálculos, ademas de

No pudieron ocultar los españoles su increíble gozo á la vista de tesoros que tanto excedían á todas las ilusiones con que se habían lisonjeado, pues ricos como eran los materiales, eran sobrepujados segun el testimonio de los que despues vieron estos presentes en Sevilla, donde pudieron examinarse con calma, por la belleza y primor de su trabajo (19).

Cuando Cortés y sus oficiales hubieron concluido de ver los presentes, los embajadores comedidamente espusieron el mensaje de Montezuma. „Daba mucho placer á su amo,” dijeron, „entablar comunicacion con tan poderoso monarca, á quien profesaba el mas profundo respeto. Sentia mucho no poder tener una entrevista personal con los españoles, pues la distancia de su capital era demasiado grande, y ademas el viaje estaba rodeado de dificultades y tenian muchos peligros que temer de formidables enemigos, para que aquella fuera posible. Lo

la general disminucion de precio que han tenido los metales preciosos, tales como la adulteracion especifica de las monedas y otras semejantes.

El señor Clemencin, secretario de la real academia de la historia, en el tomo VI de sus Memorias, ha computado con mucha exactitud la estimacion de las diversas monedas españolas á fines del siglo quince, periodo justamente anterior al de la conquista de Méjico. No hace mencion en sus tablas del peso de oro; pero señala el valor preciso del ducado del mismo metal que corresponderá tan bien como aquel á nuestro intento. (Memorias de la Real Academia de la Historia, (Madrid, 1821,) tomo VI. Ilust. 20.) Oviedo que fué contemporáneo de los conquistadores, nos informa que el peso de oro y el castellano tenian el mismo precio, y era una tercera parte mayor que el del ducado. (Hist. de las Ind., lib. 6, cap. 8, en Ramusio, Navigationi et Viaggi, (Venecia, 1565,) tom. III). Pues bien, el ducado, segun Clemencin, reducido á nuestra moneda corriente, seria igual á ocho pesos setenta y cinco centavos; y el peso de oro por lo mismo valdria once pesos sesenta y siete centavos, ó dos libras esterlinas, doce chelines y seis centavos (*). Reteniendo esto en la memoria, podrá fácilmente el lector determinar el valor actual de los pesos de oro en cualquiera suma que en lo de adelante se mencione.

(19) „¡Cierta cosas de ver!” exclama Las Casas, quien las examinó con el emperador Carlos V en Sevilla, el año 1520. „Quedaron todos los que vieron aquestas cosas tan ricas y tan bien artificiadadas y hermosísimas como de cosas nunca vistas.” &c. (Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120). „Muy hermosas,” dice Oviedo, quien las vió en Valladolid, y describe muy minuciosamente las grandes ruedas; „todo era mucho de ver.” (Hist. de las Indias, MS., lug. cit.) El laborioso P. Martir de Angleria, que los examinó cuidadosamente, observa con mas énfasis, „Si quid unquam honoris humana ingenia in huiuscemodi artibus sunt adepta, principatum iure merito ista consequentur. Aurum, gemmasque non admiror quidem, quâ industriâ, quóve studio superet opus materiam, stupeo. Mille figuras et facies mille prospexi quæ scribere nequeo. Quid oculos hominum suâ pulchritudine æque possit allicere meo iudicio vidi nunquam.” De Orbe Novo, déc. 4, cap. 9.

(*) En los Estados-Unidos del Norte, el peso está dividido en centavos, de manera que un ducado equivaldria á ocho pesos seis reales mejicanos, y el peso de oro á once pesos, cinco y medio reales, con diferencia de centavo y medio.

mejor que podian hacer por lo mismo los extranjeros, era regresar á su pais con las pruebas recibidas de amistad.”

Cortés, aunque muy disgustado con esta decidida repulsa de Montezuma, ocultó su mortificacion como mejor pudo, y urbanamente expresó su agradecimiento por la munificencia del emperador. „Ella,” dijo, „le hacia estar mas deseoso de tener una entrevista personal con él. Le seria imposible ciertamente volverse á presentar á su soberano sin haber cumplido este grande objeto de su viaje; y quien habia navegado dos mil leguas en el océano, hallaria muy ligeros los peligros y fatigas de una jornada tan corta por tierra.” Les volvió á requerir fuesen los portadores de este mensaje á su amo, llevándole tambien un corto presente en señal de su respeto.

Consistia en unas cuantas camisas de fina holanda, una copa florentina curiosamente dorada y esmaltada, y algunas baratijas de poco valor; mezquina recompensa para la verdadera magnificencia del regio presente. Los embajadores debieron haber pensado esto mismo. Al menos, no mostraron mucho gusto en encargarse así del presente, como del mensaje; y al dejar el campo castellano, repitieron estaban seguros de que la peticion del general seria desatendida (20).

El espléndido tesoro que aun se hallaba tendido deslumbrando los ojos de los españoles, excitó en sus pechos diferentes emociones segun su diverso carácter. Estimulaba á unos con el ardiente deseo de dirigirse inmediatamente al interior y aposeionarse de un pais que contenia tan inagotables acopios de riqueza. Otros lo miraban como la mejor prueba de un poder demasiado formidable para ser contrastado con su insignificante fuerza. Por esto pensaban seria prudente regresar y comunicar sus descubrimientos al gobernador de Cuba, donde podian hacerse los preparativos correspondientes á tan vasto plan. Poca duda puede haber sobre la impresion hecha en el audaz espíritu de Cortés, en quien las dificultades obraban como incentivos, mas bien que como obstáculos para la empresa; pero prudentemente nada dijo, al menos en público, queriendo que tan importante movimiento procediera de la determinacion de todo el ejército, y no de su impulso individual.

Al mismo tiempo los soldados sufrían excesivamente por su incómoda posicion entre ardientes arenas y pestilentes efluvios de los pantanos vecinos, al paso que los venenosos insectos de esta abrasadora region no les dejaban reposo ni en el dia ni en la noche. Treinta habian ya enfermádose y fallecido, pérdida que muy mal podia sufrir el pequeño ejército. Ademas de estos trabajos, la frialdad de los caudillos mejicanos se habia extendido á sus subordinados; y las provisiones, no solo habian disminuido mucho, sino que los precios que les señalaban eran exorbitantes. La posicion de los bajeles era igualmente desfavorable, pues se hallaban anclados en un lugar abierto, expuestos á la furia del primer norte que soprase en el Golfo Mejicano.

(20) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 121.—Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 39.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 80.—Gomara, Crónica, cap. 27, en Barcia, tom. II.

Cortés se vió obligado por estas circunstancias á despachar dos buques al mando de Francisco de Montejo, con el experimentado Alaminos, de piloto, á explorar la costa en direccion septentrional, y ver si encontraban allí un puerto mas seguro y cuarteles mas cómodos para el ejército.

Pasados diez dias, volvieron los enviados mejicanos y atravesaron el campo español con la misma formalidad que en la primera vez, trayendo consigo un presente de ricas telas y adornos metálicos, que aunque inferiores en valor á los ofrecidos antes, se estimaron en tres mil onzas de oro. Ademas de esto trajeron cuatro piedras preciosas de un tamaño considerable, parecidas á las esmeraldas, y llamadas por los nativos chalchuites: cada una de ellas, segun el dicho de los españoles, valia mas que una carga de oro, y eran enviadas como una prueba de particular respeto por el monarca español (21). Desgraciadamente no valian tanto como otras tantas cargas de tierra en Europa.

La respuesta de Montezuma era en sustancia la misma que antes. Contenia una prohibicion positiva de que los extrangeros avanzaran hácia la capital, y esperaba con confianza que habiendo ya obtenido lo que mas deseaban, regresarian á su pais sin innecesarias dilaciones. El general recibió esta desagradable respuesta cortesmente, aunque con alguna frialdad; y volviéndose á sus oficiales exclamó: „este es en verdad un rico y poderoso príncipe, y aun cuando sea difícil, algun dia le pagaremos una visita en su capital.”

Mientras estaban conversando, dió la campana el toque de vísperas, y al sonido se arrodillaron los soldados y recitaron sus oraciones ante la cruz de madera plantada en la arena. Como que los gefes aztecas miraban esta ceremonia con curiosa sorpresa, Cortés creyó ser una ocasion favorable para imprimir en ellos lo que concebía como principal objeto de su visita al pais. En consecuencia, el padre Olmedo les explicó con la concision y claridad posibles las grandes doctrinas del cristianismo, hablando sobre la redencion, la pasion, la resurreccion, y concluyendo con asegurar á su atento auditorio, que intentaban extirpar las prácticas idólatras del pais y sustituir el culto puro del verdadero Dios. Despues puso en sus manos una pequeña imágen de la Virgen con el niño Salvador, rogándoles la colocasen en sus templos, substituyéndola á sus sanguinarias deidades. Hasta dónde comprendieron los nobles aztecas los misterios de la fe explicados por la doble interpretacion de Aguilar y Marina, ó cuán bien percibieron la sutil distincion entre sus imágenes y las de la Iglesia romana, no se nos ha instruido; pero hay razon para temer que fué vertida la semilla en un terreno estéril, pues cuando concluyó la homilía del piadoso padre, salieron con una reserva desconfiada, muy diferente de las maneras amistosas de su primera entrevista.

(21) Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 40.

El padre Sahagun describe estas piedras, como tan preciosas en Méjico, que su uso solo se permitía á los nobles. „Las *chalchuites* son verdes y no transparentes, mezcladas de blanco; úsanlas mucho los principales, trayéndolas á las muñecas atadas en hilo, y aquello es señal de que es persona noble el que las trae.” Hist. de Nueva-España, lib. 11, cap. 8.

La misma noche abandonaron los nativos las chozas, y los españoles se vieron repentinamente privados de recursos en medio de un árido desierto. Esta conducta tenia una apariencia tan sospechosa, que temió Cortés se intentase atacar el campo, y tomó las precauciones conducentes; pero nada de esto se meditaba.

Por fin se animó el ejército con la vuelta de Montejo de su expedicion exploradora, despues de estar ausente doce dias. Habia recorrido el golfo hasta el Pánuco, donde al querer doblar el cabo, experimentó vientos tan fuertes, que le hicieron volver atrás y estuvo cerca de naufragar. En todo el curso de su viaje habia encontrado un solo sitio medianamente protegido de los vientos nortes. Afortunadamente el pais contiguo, regado por puros y cristalinos arroyos, ofrecia una posicion favorable para el campamento, y á este lugar, despues de alguna deliberacion, se determinó trasladarlo (22).

(22) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS. lib. 3, cap. 121.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 40 y 41.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 6.—Gomara, Crónica, cap. 29, en Barcia, tom. II.